



Cuentos en bandeja

IDEAS ILUSTRADAS PARA ALMORZAR



Proyecto financiado en el marco del Fondo de Fortalecimiento de las Universidades del CRUCH

Créditos

Director General de Vinculación con el Medio,
DGVM. Universidad de Playa Ancha

Boris González López

Coordinadora del Programa de Fomento
de la Lectura y la Escritura, DGVM.
Universidad de Playa Ancha

Nélida Pozo Kudo

Idea original

M^a Eugenia Kokaly Tapia

Ilustrador, diseñador gráfico

Augusto Gómez Fuentes

Editora

Silvia Gutiérrez González

Escritores

Natalia Berbelagua Pastene

Daniel Hidalgo Urtubia

Valeria Correa Rojas

Cristóbal Gaete Araya

Índice

Prólogo	5
CASETE Daniel Hidalgo	6
NEGRO Cristóbal Gaete	8
LA LUCHA IMAGINARIA Daniel Hidalgo	10
LOS ENFERMIZOS HUMILDES Natalia Berbelagua	12
MALDITA CASANDRA Valeria Correa	14
BEST SELLER Cristóbal Gaete	16
PERRO DE PUERTO EDICIONES Cristóbal Gaete	18
FLASH Valeria Correa	20
DOBLE FILO Natalia Berbelagua	22
PARTIDA Valeria Correa	24
DOSPAJAROS EN LA MANO Y NINGUNO VOLANDO Daniel Hidalgo	26
DESENG/AÑOS Daniel Hidalgo	28

Prólogo

Los “Cuentos en bandeja” forman parte del Programa de Fomento de la Lectura y la Escritura que hemos implementado con éxito como Dirección General de Vinculación con el Medio este año 2013. Esta calificación, por supuesto, no es gratuita ni unilateral; está centrada en las opiniones, comentarios y evaluaciones efectuadas por el público (estudiantes, profesores y educadores del sistema, vecinos de la región) que tradicionalmente nos acompaña en esta práctica cotidiana de hacer de nuestra relación con el entorno un ejercicio de paridad, bidireccionalidad y comprensión mutua, enmarcada en la idea de generar conocimiento compartido que aporte a un verdadero y efectivo desarrollo equitativo y equilibrado de nuestras comunidades.

Específicamente, estos cuentos son fruto e idea original de narradores jóvenes de la región, acompañados de las ilustraciones de Augusto Gómez, que fueron ubicados sobre un soporte tipo individual que adornó las bandejas de los almuerzos de nuestros estudiantes y comunidad en general. Fueron cientos las ediciones de set de estos cuentos en bandeja que acercaron la lectura de un modo simple y directo, en un espacio destinado a la alimentación, la reunión y el diálogo.

Como objeto de arte, además, resultó altamente novedoso el diseño y el contenido de cada una de las piezas, planteando temáticas sin complejidades y entendiendo que la lectura debe incorporarse a todos los espacios del quehacer humano, sobre todo si nuestros indicadores no reflejan un avance en esta materia o si lo hacen son reflejo de la situación de inequidad que expresa el sistema educacional chileno.

Daremos continuidad el 2014 a estos cuentos pero esta vez serán nuestros estudiantes los creadores de los relatos, en virtud de la convocatoria que realizamos como unidad al Primer Concurso de Microrrelatos. Los mejores trabajos serán parte del nuevo set de individuales que junto a otras iniciativas esperamos siga fortaleciendo este camino que hemos trazado, en virtud de todos los énfasis que hacen distintivo el legado y tradición de la educación pública chilena, que esperamos sea ese espacio de retroalimentación permanente, estratégico y vital que dote de equidad y futuro a nuestro país.

Boris González López
Director General de Vinculación con el Medio, DGVM. Universidad de Playa Ancha

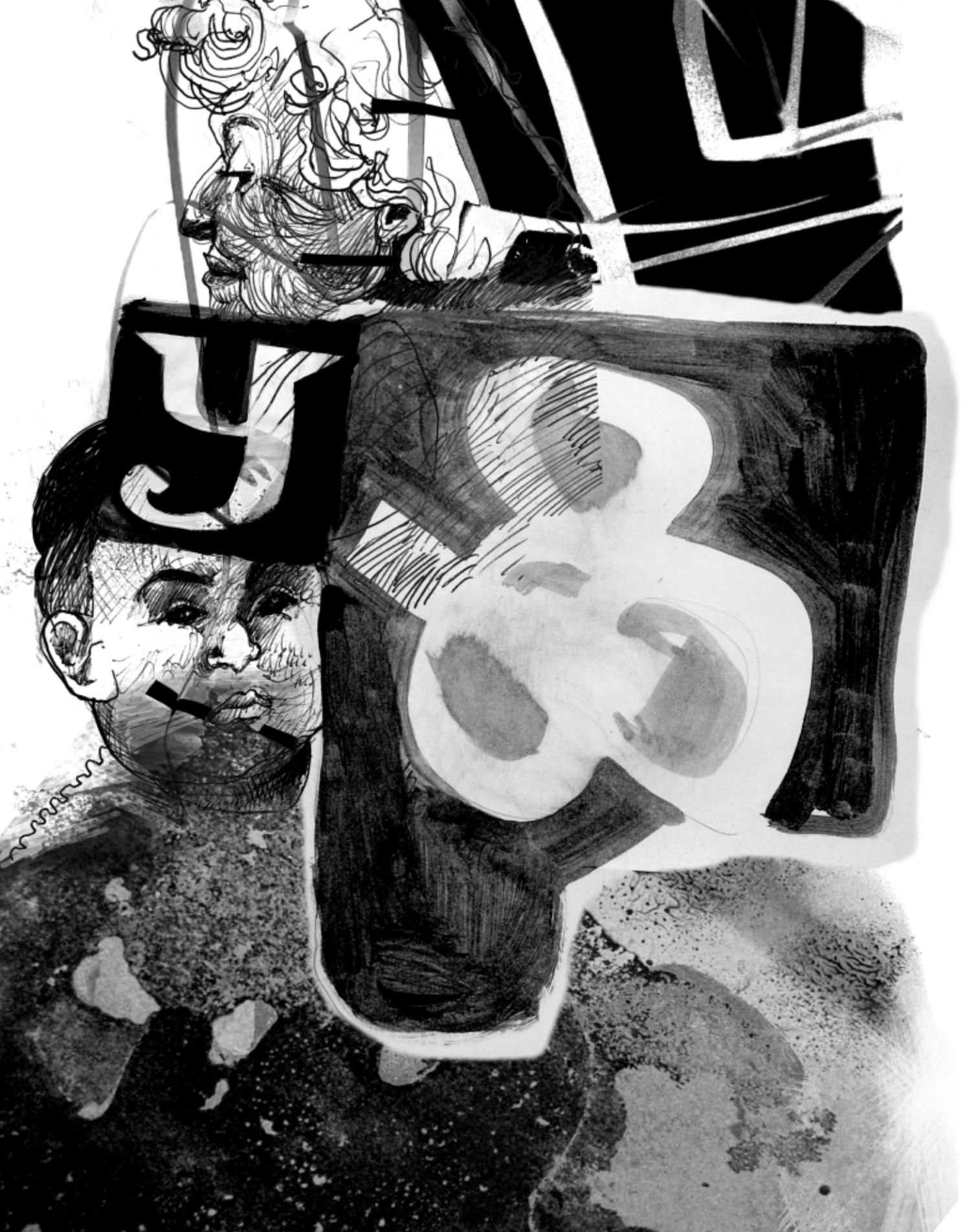
CASETE

Cuando Francisca dejó a Rubén, éste metió en una caja todos los casetes que habían escuchado. Nunca los conocí. Todo lo que sé es por lo que había ahí. Un museo de su propia historia. Imagino que se conocieron al entrar a la universidad. Imagino que fue uno de esos amores explosivos.

Rubén tomó la caja y decidió quemarla. Algo más pasó. Iba concentrado. No logró ver la micro que le hizo azotar la cabeza contra el muro de cemento que marcaba la entrada de una playa.

Antes de la policía, llegaron los curiosos. Rubén se desangraba, pero ya estaba bien muerto. Nadie más reparó en la caja. Tomé las cosas desparramadas, las metí como pude dentro del cartón y las traje a mi casa. De todos los casetes -Pixies, Sonic Youth, Los Prisioneros- hubo uno que llamó mi atención. Era pirata y estaba escrito a mano. Decía “Los Mamíferos Enfermos - Canciones Varias”. Jamás los había oído nombrar. Play: me senté en el sofá a esperar desentramar algún misterio breve pero exclusivo. Sonaron unos acoples. Era sin duda un demo. Sonaba pésimo y rebotaba por todos lados. Era una banda tan punk como protopunk y postpunk. Los tracks: “1 - Fantasma”, “2 - La tortura no es ninguna”, “3 - Instrumental mental”, hasta llegar al 7. Todo se volvía ruido y gritos, ecos siniestros. Era un infierno sonoro. El tema 7 se llamaba “Francisca y Rubén”. Era horroroso en todos los sentidos posibles. Quise adelantarle, asumiendo una casualidad. Al escuchar el primer verso, “lo encontraste a la entrada de una playa”, se me pusieron los pelos de punta; “en una caja escondía sus tesoros”. Tuve ganas de vomitar, pero me contuve, “Francisca y Rubén nunca se amaron / pero tenían una historia que contar”. No recuerdo mucho más: “Son amores que no funcionan / son cajas que nunca llegan al mar...”. Estuve en pánico unos segundos, o shock o qué se yo. Logré levantarme y salí huyendo de la casa.

No he vuelto al comedor. Supongo que Francisca y Rubén se conocieron hace algunos años. Yo no conocí a ninguno de los dos.



NEGRO

Estar desnudo en una sala fría en el borde de dos países que siquiera son los propios es algo para recordar a los dieciséis años; la detenida observación de sus orificios para saber qué droga portaba. Insomne, no pudo dormir hasta que el desierto se estiró desde los vidrios del bus hasta el infinito, secando su boca. El primer sueño fue el golpe de una gran naranja en la esquina de una caja de madera que permitía abrirla y beberla desde la rajadura de su cáscara; el segundo fue el jugo de un mango escurriéndose por sus comisuras, como la gruesa saliva del sueño; el tercero fue su cuerpo cayendo desnudo al mar desde un barco, después de limpiar el interior de la embarcación con algo que le hacía arder la piel y destrozaba su ropa. Cabeceó y se golpeó contra el vidrio. Al despertar, corrió sin dirección, como un loco, huyendo de la caravana del conquistador hacia la nada, rodeado de oscuros cuerpos desparramados en las dunas.

Cristóbal Gaete



LA LUCHA IMAGINARIA

Hitler se daba muy poco tiempo para hacer el amor. Él prefería hacer la guerra.
Lennon siempre aborreció la guerra y hacía el amor todo el tiempo. Frente a Vietnam propuso el Bed-in for Peace y combatió lo bélico con la luna de miel.
Adolf Hitler nació en un hogar modesto en Braunau am Inn, en abril de 1889.
John Winston Lennon nació en Liverpool, un día como cualquier otro de 1940.
Hitler intentó entrar como pintor a la Academia de Bellas Artes de Viena, pero su falta de talento se lo impidió.
Lennon, con su talento, transformó la música popular, el rock, la sociedad.

Hitler amaba a las masas.
Las masas amaban a Lennon.

El bigote de Hitler siempre será tan único como ridículo.
Lennon, en su juventud, impuso un peinado más ridículo que único.
Hitler encontró su aliado en la xenofobia y el odio.
Lennon se unió a McCartney, Harrison y Starrkey.

Hitler, en su locura, quería destruir el mundo.
Lennon, en su locura, quería cambiar el mundo.
Ambos cambiaron la historia.

Hitler escribió "Mein Kampf" tras las rejas para expandir su mensaje.
Lennon escribió "Imagine" encerrado en su mansión frente a una cámara y la transformó en un himno.
La vida de Lennon llegó a su fin en manos de Mark David Chapman, su más grande admirador.
Hitler se quitó la vida junto a Eva Braun cuando ya no soportó más la derrota.
El mundo nunca imaginó cómo acabarían las drásticas existencias de Lennon y Hitler.
Ni Hitler ni Lennon fueron capaces de imaginar cómo con sus existencias harían cambiar drásticamente la historia del mundo.



LOS ENFERMIZOS HUMILDES

Elías, vámonos de aquí.

¿Qué?

Lejos. Es mejor dejar todo botado a seguir con esta vida de mierda.

A ver. Para dónde nos vamos, Alicia.

A Madagascar.

¿Y qué haremos en Madagascar?

Nada, tú te tirarás las bolas y yo buscaré qué comer.

Eso ya lo hacemos aquí. ¿Cuál es la diferencia?

En el nombre. Viviremos en Taomasina. No en una pocilga de Diagonal Cervantes. Podemos hablar el malgache y el francés, profesar el animismo, tener un lémur de mascota y comprar con billetes que se sacan de los árboles.

Me puedo ir donde sea, la condición es no trabajarle un día a nadie. ¿Me entiendes?

Te entiendo.

¿Crees que soy un fracasado?

No, Elías, la fracasada soy yo que vive contigo.

¿Por qué siempre tienes que decirme la verdad? Prefiero no saber nada.

¿Ni que serás padre en unos meses?

Eso es exactamente lo que un hombre no quiere escuchar.

Pero hay hombres que se alegran y trabajan para comprar los pañales.

Estás enferma. Ya te dije que nada de hijos hasta después de los cuarenta!

¡Decías hasta los 30 cuando llevábamos un año!

Entendiste mal. Imagina nuestra vida. Nada de estar acostados, ni besos, ni caricias, ni hablar de sexo con un niño llorando... Bueno, si llegase a pasar me haría cargo de ti y del niño, aunque se parezca a un gato mojado y sienta ganas de ahogarlo. Ya sabes que actúo como una bestia. No tengo remedio.

Es verdad.

¿Qué?

Lo de la criatura.

¿Qué?

Eres una bestia y vas a tener un hijo.



MALDITA CASANDRA

Cassandra, la sublime princesa, yacía desnuda y dispuesta a entregarse esa noche al hermoso dios Apolo. El contrato prenupcial especificaba que, a cambio de compartir el sagrado tálamo, ella recibiría el don de la adivinación, un regalo codiciado por todas las mujeres de Grecia. Entusiasmado y ardiente, el adonis decidió obsequiarla por adelantado para demostrar su real interés.

Esa noche, en medio de sábanas de seda, experimentó su primera visión. La mente de la ninfa troyana se fue llenando de imágenes tormentosas. Mientras su cuerpo perfecto se convulsionaba, veloz y tajante como un rayo, el futuro pasaba delante de sus ojos.

Sólo minutos antes de la llegada del magnífico prometido, Casandra huyó por la puerta trasera del castillo, dejando una nota escrita en apurada caligrafía.

Furioso, y tras destruir con fuerza el mensaje en la mano, el dios condenó a la mortal por medio de maldiciones lanzadas como flechas desde el Olimpo.

A partir de ese momento, todos ignorarían a la vidente y nadie creería posibles sus sentencias.

“No eres tú, soy yo”, habían sido sus infortunadas palabras.

Valeria Correa



cielo

*Soldato
di un
M...*

VELIA

BEST SELLER

Otra vez, Ernesto se vio solo en la húmeda pieza de la pensión. Había estado mejor, pero no demasiado. Entró a la universidad de los pobres en una ciudad con mar. Ingresó al Magíster en Literatura de la misma universidad, que pasó sin estridencias. Por medio de la madre de su única novia de verdad, dio clases en una universidad privada. Se gastaba casi toda la plata del sueldo en el ejercicio de las apariencias: cafés caros, ropa de marca. Para el Doctorado eligió una universidad mediocre y conservadora, pero detectaron que plagia-ba sus ensayos de internet. Lo expulsaron, guardando el ignominioso secreto para no perjudicarlo. Y ahí estaba en la pieza húmeda, con el cursor del computador tintineando, esperando la ejecución de la palabra. Salió; salir solo era un gesto de independencia de los demás. Se metió a un bar karaoke, en la que una chica destrozaba una ya mala canción romántica. Por el rabillo del ojo estaba su jugada, había dos potenciales parejas sin armarse aún. Ernesto comenzó una historia sin pies ni cabeza, pero que tenía como protagonistas a dos aventureras mujeres que físicamente eran muy parecidas a las chicas que tenía frente a sí. Esperó como los buitres experimentados su momento. Tomó el micrófono y dijo que no cantaría ninguna canción. Contó su historia con un par de mujeres que le habían inspirado. Las apuntó. Salió con las dos chicas al club de bachata. Ningún autor había sido leído o escuchado por las doce personas que estaban en el bar karaoke a la misma hora, menos había salido con dos fans de su lectura, aunque no les interesara de forma alguna la literatura. Era el autor más vendido y exitoso a partir de un párrafo que suspendió la incertidumbre, la que tintineaba en la pantalla en los fracasados subterráneos de Amerika, donde no había mujeres experimentadas, universidades privadas, ni grados académicos.

Cristóbal Gaete



PERRO DE PUERTO EDICIONES

Estaba perdido. Me echaron de la casa y el trabajo y vagaba buscando algo que no existía. Lo cierto era caminar cada noche, hallarse con otro náufrago y beber hasta que amaneciera. Un par de horas después, leía a Fabián Casas y cuidaba a mi hija, mientras su madre trabajaba y articulaba una vida en la que yo ya no era necesario.

En la oscuridad, las calles aparecen desnudas. Algunas veces, alguien tomó mi mano queriendo arrastrarme, otras veces yo traté de entrar a lugares que me eran vedados. De todas esas noches, me quedo con esta: salí de un bar a la plaza que era un bar extendido y comencé a conversar con una chica que me llevó a un after. Si bien nunca habíamos hablado, ella había sido la mesera de mi bar preferido en la ciudad: El Picante, cerrado hace siete años. Aún podía traer a mi memoria su cara morena y adusta, su pelo corto detrás de la barra. También podía hacerlo con el sabor espeso de la cerveza negra que jamás parecía acabar, o los sillones desvencijados en que entrenábamos mentiras.

En el after ella bailaba a pie pelado mientras hombres se le acercaban; yo esperaba, algo había aprendido estos años; caían solos por el efecto de tanto copete. Salimos a pleno sol y la acompañé al paradero; si hubiese tenido un lugar donde llevarla, habría hablado, pero no tenía nada. Mientras su cuerpo se deshacía en los asientos del bus caminé de vuelta al lugar donde dormía, que ya no era mi hogar. Un perro se acercó y le acaricié la cabeza, otro me siguió y así se fueron uniendo en mi camino, hasta formar una manada que me dejó en la puerta. Abrí y saqué un colchón a la calle, y me dejé caer entre ellos, convertido en parte de esa fauna que ladra a los autos que tantas vidas nos han quitado, que es dueña de la ciudad cada noche, que de día sigue a quienes entregan comida y cariño y parten a la nada.

Cristóbal Gaete



FLASH

Vuelvo poco a poco a la realidad: abro un ojo, saco un brazo fuera de la cama, tomo mi carterita de fiesta. No me cuesta encontrarla. Una melodía familiar, junto a la foto de un hombre rubio, muy rubio y muy sonriente, anuncia una llamada.

Las imágenes, cortos flashes, despiertan mi mente: me veo bailando y besando a un hombre moreno, muy moreno y, curiosamente, muy sonriente también.

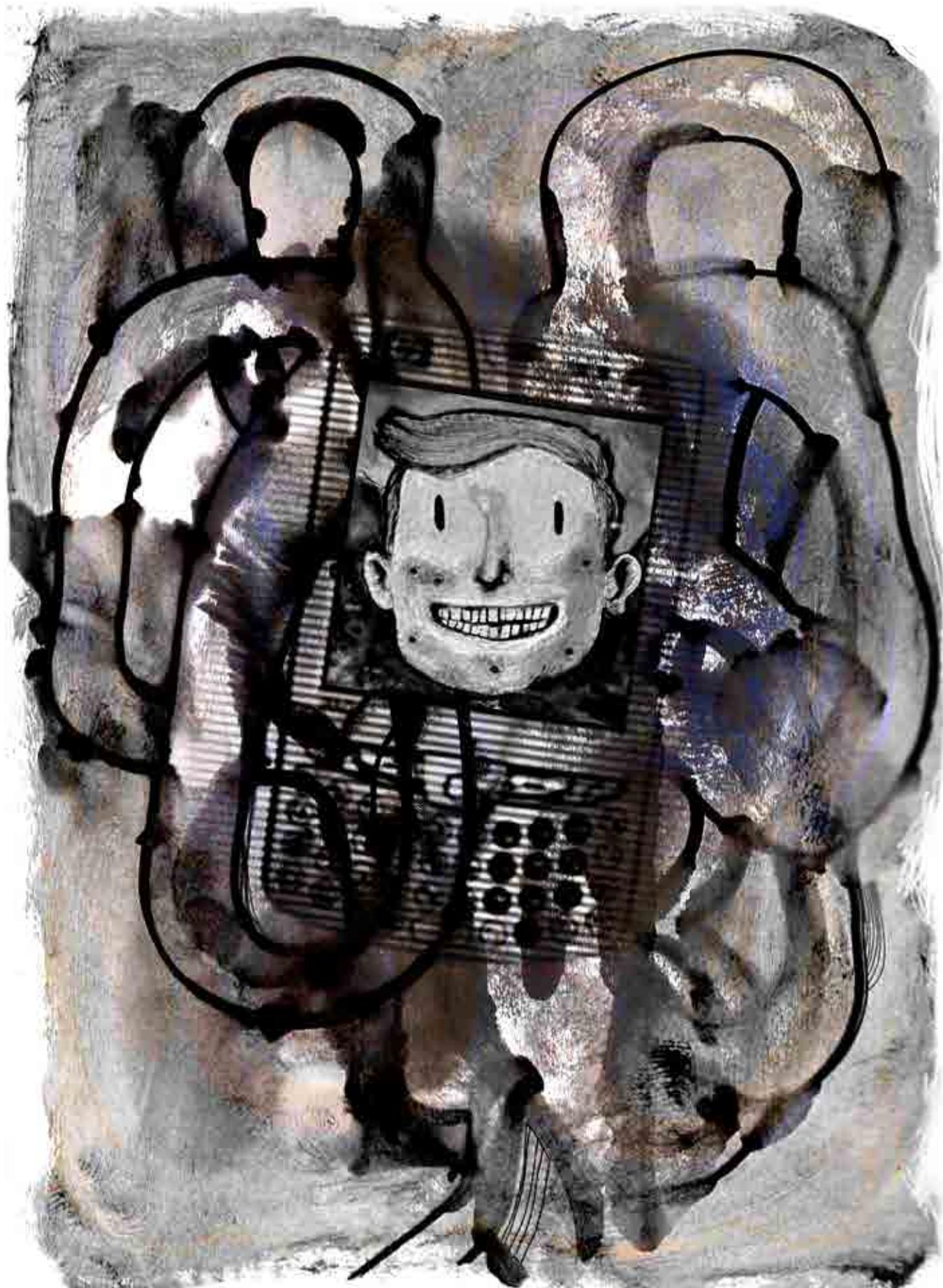
Me doy cuenta que no estoy en mi cama. El rubio espera que le conteste. Aún no sé qué decirle. Dejo que la música suene.

Flash: el rubio, muy sonriente, me saluda entre millones de personas en el puerto, nos abrazamos. La gente lo empuja, me río, nos besamos y nos subimos a una lancha llena. Miramos la bahía, tomamos champagne en copas, pero él ya no sonríe, ahora tiene la cara triste y yo me aburro. Comienzan los fuegos artificiales, el muy rubio se va a un rincón, como si eso existiera en una lancha. Yo me aparto y me voy a celebrar con los demás. En la habitación, un brazo en la cintura me atrae con fuerza hacia un cuerpo moreno. Siento su erección entre mis muslos, me acomodo.

Flash: desembarcamos en el puerto habitado por miles de botellas, pelucas brillantes y silentes cornetas. El moreno y yo caminamos por las escaleras, no paramos de hablar y de reír. El muy rubio se aleja con su cesta llena de copas y tupperware vacíos. El moreno, con las manos desocupadas, toma la mía y nuestros dedos juegan y anuncian una noche más bien traviesa.

En la cama, con la respiración agitada, giro mi cuerpo y lo abrazo, nos besamos y el contacto con su lengua mezcla la noche y el día. Lo beso en la escalera, en la fiesta y en su cama al mismo tiempo. Me muevo y bailo sobre el moreno. Arqueo mi cuerpo mientras él besa mis pechos y toma firmemente mis caderas para mecerlas más rápido. Ambos aprovechamos el ritmo de mi teléfono que vuelve a sonar y así seguir celebrando el año nuevo.

La imagen del rubio brilla debajo de la cama. En la foto, el muy rubio sonríe.



DOBLE FILO

Cuando era pequeña, mi madre me preguntó qué quería ser cuando grande.

Carnicera -respondí con sinceridad.

Supongo que tendrás una muy buena razón para querer cortar animales muertos.

Es que me gusta el movimiento del cuchillo cuando entra en la carne. Ese cuchillo que entra y sale y que, a pesar de abrirlo de par en par, no corta las manos del carnicero.

Siempre sueño con eso y en ciertas noches llega hasta mí ese olor dulce que tiene la sangre cuando está tras la vitrina.

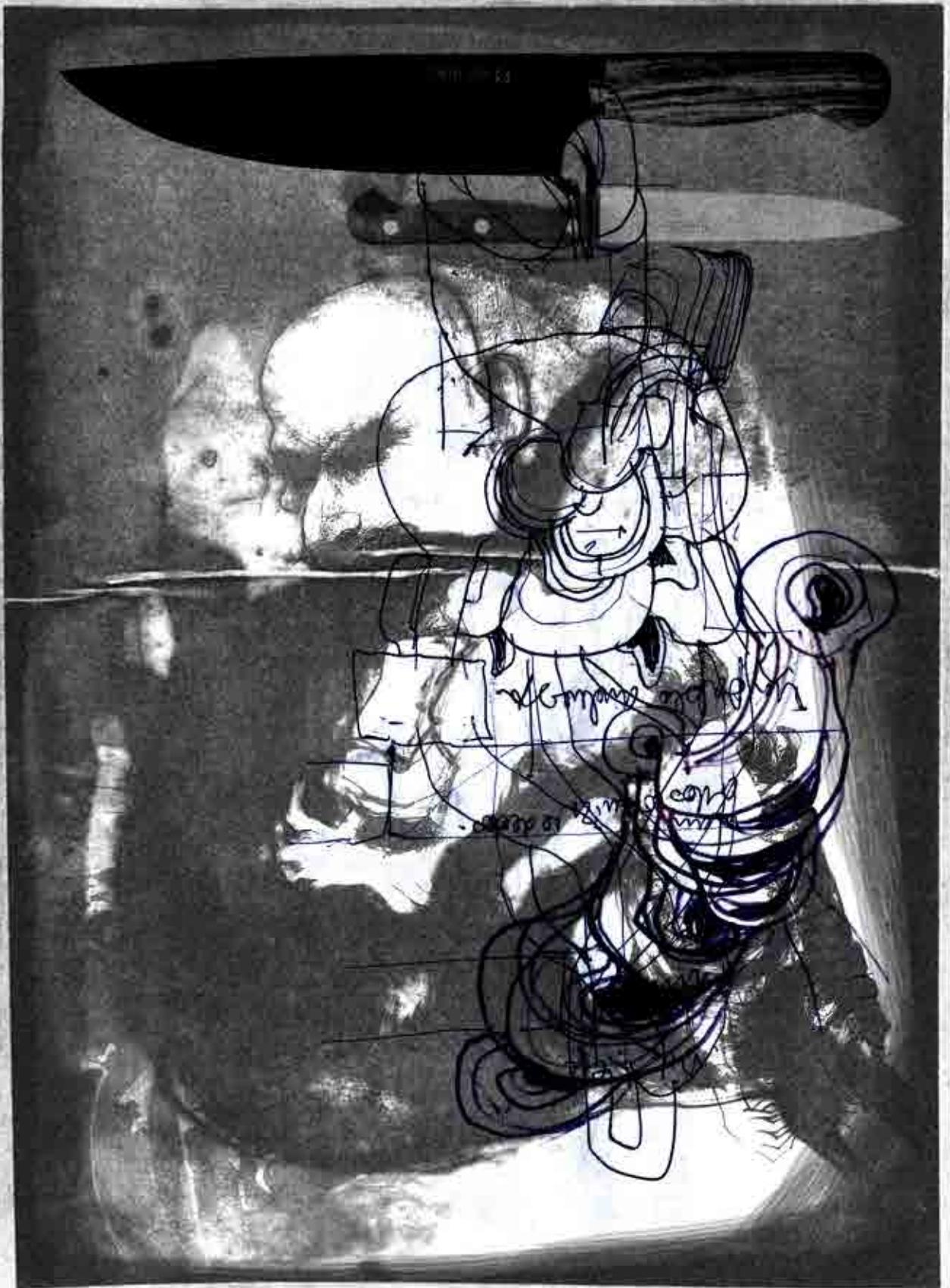
Espero que se te pase, porque tener una hija asesina no es ninguna gracia -dijo mi madre entre sollozos.

No te preocupes, no seré asesina. Sería muy triste para una mujer sola que su única niña le diera motivos para llorar.

Mi buena madre me miró con espanto.

Con el pasar de los años, comprendí aquel temor que le venía de las entrañas. Ella murió en paz, sabiendo que, en vez de carnicera, me hice prostituta. Un cuchillo poco afilado entra en mis carnes púrpuras cada día sobre una cama blanca. Tú lo comprendiste antes que nadie, mi gran amante. Finalmente eres tú el que juega al carnicero, mientras yo me revuelco como un animal herido.

Natalia Berbelagua



PARTIDA

Aún mantengo viva la idea de que algún día volverás. No dejo de pensar en que cruzarás la puerta, entrarás a la sala y observarás que ahora se parece a una oficina. Me inventé otra rutina para huir de nuestros cálidos desayunos. Ahora el tiempo me falta. El nuevo trabajo me ha emborrachado de dinero y responsabilidad.

La habitación, sin embargo, sigue intacta. No he querido cambiar nada. No he sido capaz. Aún llegas de vez en cuando y me miras desde la puerta, que siempre dejo abierta. Sé que nadie nos interrumpirá cuando mis manos busquen las tuyas, guiándolas a mis pechos y a mis caderas, y cuando abrace con mis piernas tu cuerpo omitido.

Traje a casa un pequeño gatito. Tiene el pelo naranja, como los destellos que se asomaban desde tu barba con la luz del atardecer. Yo quería uno negro, como mi suerte, pero éste saltó a mis brazos. En este corto tiempo, ha hecho que volver a casa sea mejor; hay días en que hasta me río con sus juegos.

Logré ponerme al día con casi todo lo que tenía pendiente, pero no quise seguir. Si lo lograba, sólo quedaría llorar por tu ausencia y me pediste que no llorara, ¿recuerdas? Me he convertido en una mujer valiente. Ya no lloro. Nunca lloro.

Ahora he decidido escribirte esta carta, porque las lágrimas se agolpan para amenazar mi promesa. La dejaré a la orilla del mar y le pediré a las olas que le guíen el camino hasta tus cenizas.

Te sigo amando con locura...

Valeria Correa



DOS PÁJAROS EN LA MANO Y NINGUNO VOLANDO

Siempre he creído que las mejores mascotas son los pájaros. Una pareja de jilgueros encerrados en una jaula en la que apenas cabe una mano y donde jamás podrán volar, es una imagen perfecta para mí. Yo hago algo parecido. Me la paso entre estas cuatro paredes porque mi mamá tiene temor a que me coman los gatos, me atropellen las micros, me contaminen las ancianas que chismosean en el negocio del lado. Diariamente, me conformo con acercarme a la jaula y mirar a mis aves de pocas plumas que picotean zanahoria y beben agua mezclada con su propia mierda.

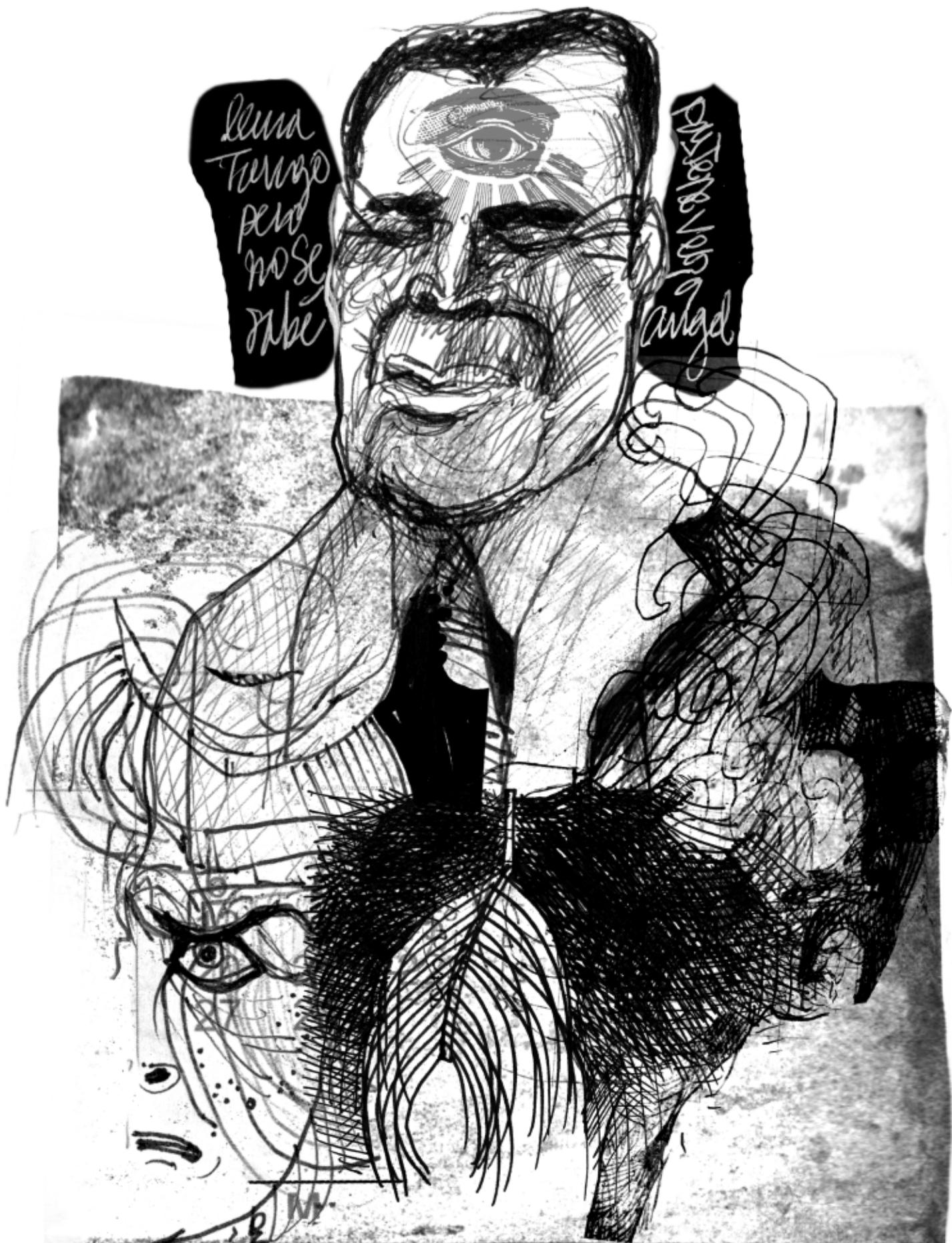
No tenía más de ocho años cuando me los regalaron, eran tan feos que nunca les puse nombre. Un día salí con mi madre a comprar y se los dejé encargados a mi abuelo. Cuando llegué a casa, revisé las estanterías. Todo estaba en su lugar: mi muñeca rayada de lápiz pasta y los dedos mordidos, las tazas de té con caracoles descompuestos, mis dibujos familiares, donde la silueta de mi padre era una sábana con dos orificios en los ojos, haciendo las veces de un fantasma. Los jilgueros no estaban por ninguna parte.

Al otro día, mi abuelo apareció con un maletín café bajo el brazo desde donde extrajo dos bolsas transparentes a través de las cuales podían verse mis pequeños pájaros.

Si bien mi abuelo gozaba de un humor negro muy particular, en ese momento comprendí que no se trataba de una broma. Debí tragarme el llanto. Esa noche escondí sus cuerpos bajo la almohada, esperando que mi calor les devolviera la vida. Sin embargo, no tardaron en aparecer decenas de hormigas y gusanos rojos intentando arrebatarme un pedazo de pluma, de carne, de intestino.

Hoy, a mis doce años, sigo pensando que las mejores mascotas son los pájaros. Que sólo en una pequeña jaula y bajo una sistemática vigilancia, podrán seguir existiendo aunque ya no puedan cantar.

Daniel Hidalgo



DESENG/AÑOS

Cuando la conocí en la universidad, la odiaba porque la encontraba cínica. Odiaba a esa gente que vive en un mundo impostado en el que todo se finge. Ambos teníamos 18 años y, de tanto verla, me llegó a agradar y empezamos a salir. Al año siguiente, se transformó en mi compañera. En mi mujer. A los 27, cuando ya cada uno tenía uno de esos trabajos estables en donde tratan mal pero pagan bien, nos casamos. Tuvimos un hijo con el que siempre guardé un silencio brutal. Cambiamos de trabajo, nos ascendieron en distintos años. Compramos un auto tan caro como mantener dos familias. Nos fuimos a un barrio mejor. A los 34, nos convertimos al hinduismo y nos hicimos vegetarianos. Después, llegó una hija y le pusimos un nombre tan extraño que hace algunos años olvidé cómo se pronunciaba. Debe haber sido cuando dejamos el hinduismo y nos convertimos en swingers. Cosas que pasan. A los 42, habíamos ido a Europa dos veces y decidimos poner nuestra propia empresa en el rubro de la comida: fabricábamos hamburguesas. Ya no nos acordábamos del vegetarianismo. Al año siguiente tuve un romance con una empleada y fui sorprendido. Ya no éramos swingers así que mi mujer no lo soportó y nos separamos por un tiempo. Empecé a acostarme con una compañera de universidad de mi hija, quien, al descubrirlo, se fue con su madre y no me habló durante meses. Antes de los 50, ya estaban las dos de vuelta. Mi hijo se había ido al norte. Hace un mes, mi esposa me engañó con uno de los socios de la cadena de hamburguesas. Lo acabo de descubrir hace unas horas. Mientras la espero en la oscuridad, pienso que siempre me cargó la gente cínica.

Daniel Hidalgo



Contacto



Dirección General de Vinculación con el Medio

vinculacionconelmedio@upla.cl

Teléfonos: (32) 2500118- 2500255

Av. Playa Ancha 850, Valparaíso

upla.cl

